

GIULIO
LEONI



LOS
CRÍMENES
DE LA
LUZ

The title is rendered in a large, black, serif font. The word 'LOS' is positioned above 'CRÍMENES', and 'DE LA' is centered between 'CRÍMENES' and 'LUZ'. The text is intricately integrated with a complex mechanical illustration of various gears and a large wheel. A circular inset within the 'O' of 'LOS' contains a black and white portrait of a man's face.

algaida
INTER

Título original: *I delitti della Luce*

Primera edición: 2014

© 2005, Giulio Leoni

Derechos gestionados a través de Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency.

© Traducción: M.P.V., 2014

© de esta edición: Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-975-2

D.L.: SE-255-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	15
2	33
3	65
4	111
5	167
6	217
7	243
8	309
9	333
NOTA DEL AUTOR	391
AGRADECIMIENTOS	393

Para Riccarda

*Si probitas, sensus, virtutum gratia, census,
nobilitas orti possint resistere morti,
non foret extinctus Federicus, qui iacet intus.*

Palermo, verano de 1240

EL RESPLANDOR DEL ATARDECER ATRAVESABA LAS HOJAS, iluminando la superficie dorada de los limones. En el jardín, cerrado por un pórtico de columnas de mármol, un intenso perfume de flores se difundía en el aire, transportado por la brisa que llegaba del mar.

Tumbado sobre cojines de color púrpura, el emperador se encontraba ocupado en trazar distraídamente con una ramita diseños geométricos sobre el terreno. Tendió la mano hacia un cedro que yacía en el suelo y se lo enseñó al hombre más joven, de pie junto a él.

—¿Entonces así está hecha la Tierra? —preguntó después de un instante de reflexión.

—Una esfera sólida, curva en cada punto —confirmó Guido Bonatti, el astrólogo de la corte.

Federico meditó acerca de aquellas palabras. Luego abrió de repente los dedos, dejando caer el fruto.

—¿Y qué es lo que todavía la aguanta? —preguntó, dirigiéndose al otro compañero de reflexiones, que estaba

sentado algo apartado. Era un hombre pálido, con pecas por todo el rostro, pelirrojo.

—La mano de Dios —respondió el primero de los científicos de la cristiandad, orgulloso de su corte. Michele lo zarandeó. Flexible como una de las cañas del río que sujetaban la pérgola cubierta por la vid.

—¿Y cómo de alto es el cielo donde reside Dios? ¿Sabrías decírmelo, Guido?

—Hasta donde llega su luz, majestad —respondió el astrólogo, recogiendo con la izquierda el fruto—. Que es la luz de Dios.

—¿Y qué hay más allá de la luz?

—Más allá solo hay tinieblas. Como narran las Escrituras, lo que quedó después de que la luz fue llamada —replicó Michele Scoto, indicando con un dedo hacia arriba.

Una sonrisa enigmática iluminó el rostro de Federico. Ligeramente apartado, un hombre cubierto con una túnica propia de las órdenes menores había presenciado la escena en silencio.

El emperador se dirigió hacia él.

—Dadme su medida, hermano Elías. La medida de la altura de Dios.

1

*Mañana del 5 de agosto de 1300,
en la zona pantanosa al oeste de Florencia*

HABÍAN ABANDONADO LOS CABALLOS JUNTO A UN caserío, por el camino hacia Pisa, bajo el sol que ya estaba bien alto. Desde allí se habían dirigido hacia el lecho del río, que discurría un par de leguas, invisible entre las cañas y las extensiones de vegetación propia.

La pequeña columna proseguía desde hacía más de dos horas sobre el terreno cubierto de agua, obstaculizada por pesadas armaduras, buscando un camino entre las tierras pantanosas. A la cabeza se encontraba Dante Alighieri, llevando las enseñas del priorato, el cual precedía al grupo unos veinte pasos.

—Prior, esperad, ir más despacio. ¿Por qué tanta prisa? —protestó el capitán, un hombre robusto, cubierto con una armadura que lograba que fuera todavía menos agraciado. El capitán resbaló mientras intentaba alcanzarle.

Un pequeño curso de agua obstaculizaba el camino. Dante se dio la vuelta, secándose el sudor de la frente con la manga. Luego se recogió el dobladillo de la túnica enci-

ma de las rodillas, con un pequeño gesto resuelto, y cruzó el torrente seguido por los demás. Algo más adelante, una elevación del terreno cubierto por matorrales escondía el horizonte.

—Aquella es la torre de la Santa Cruz... deberíamos estar cerca —comentó resoplando el jefe de los guardias, indicando una construcción que se encontraba lejos.

El prior se había detenido algo más allá, a mitad de la subida, ocupado en liberar las botas del agua y del fango.

Con un gesto de disgusto se arrancó de la pantorrilla una sanguijuela, arrojándola lejos. En el punto donde la ventosa le había mordido la carne, un débil chorro de sangre manchaba su piel. Lavó la herida con un poco de agua, y luego miró fijamente, con impaciencia, los gestos atolondrados del capitán, que intentaba alcanzarlo jadeando.

—Vamos a ver, ¿dónde está?

Delante de ellos, en un espacio entre cañamos, se podía visualizar la ribera del Arno. Al otro lado del río desaparecía de nuevo a la vista, girando en un meandro escondido por una irregularidad del terreno.

—Debería ser allí... detrás de esos matorrales.

Dante miró donde le indicaban. La duna fangosa parecía querer empujarles. En los últimos pasos tuvo que ayudarse con las manos, agarrándose a las ramas espinosas que cubrían la superficie; luego, finalmente pudo lanzar una mirada hacia el otro lado.

A unos trescientos pasos una sombra oscura yacía arenada sobre la orilla, en una parte escondida por la vegetación.

—Es verdad... ahí está —tartamudeó el capitán.

También Dante tenía dificultad en creer a sus propios ojos. Ligeramente inclinada sobre un costado, una galera de guerra yacía junto a la orilla del río, con toda la hilera de remos distendidos como si estuviera a punto de zarpar.

—Tiene que haberla traído hasta aquí el diablo —murmuró el capitán sintiendo un escalofrío. Dante no logró esconder una sonrisa. Conocía bien las leyendas que corrían por aquel lugar. Pero si de verdad existía el diablo, al menos vería cómo era.

—No se divisa a nadie a bordo. Parece abandonada —observó uno de los guardias.

—Sí, no hay ninguna señal de vida —confirmó el poeta, analizando el castillo de la proa desierto. Por el estrecho pasillo central no se veía a nadie, y nadie sujetaba el timón. La nave parecía estar en perfectas condiciones, como si acabara de llegar, con la gran vela latina ordenadamente doblada sobre el mástil. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Era impensable que el Arno fuera navegable, pocas millas después de la desembocadura, por naves tan grandes. Aquella presencia era... bueno, era *impensable*. Buscó alguna señal que revelara la proveniencia, pero solo una tela negra colgaba floja del mástil mayor.

—Acerquémonos. Tengo que ver... y saber —dijo, y se encaminó rápido hacia el costado, entrando de nuevo en el agua, seguido con cierto rechazo por el resto.

Le había quitado de la mano la espada a uno de los hombres y se abría camino cortando las hojas con ahínco, inmerso en el agua hasta las rodillas. Goterones de sudor

le corrían por el cuerpo, pero la excitación ante el descubrimiento parecía haber borrado cualquier fatiga.

No lograba ver dónde iba. Luego soltó un último golpe y se detuvo con un sobresalto, mientras detrás de ellos se levantaban los gritos horrorizados de los guardias.

Delante de ellos había aparecido un gigante barbudo, de más de seis brazas de alto. Sobre la cabeza monstruosa, decorada con una corona, dos horribles rostros contrapuestos analizaban todo el horizonte con una doble mirada maligna. El gigante estaba clavado sobre un tronco macizo esculpido que terminaba con una punta de bronce medio escondida en el fango.

Un rumor insistente retumbaba en el aire. Los insectos, que los habían atormentado durante toda la marcha, parecían ahora todavía más numerosos y agresivos. Daban vueltas como una nube repelente alrededor de la cabeza del mascarón de proa.

—Belcebú, el señor de las moscas —murmuró Dante, alejando una nube con cierto sobresalto.

Una corriente de viento rompió el aire, llevando consigo un atroz hedor de descomposición.

—Tenemos que subir a bordo —decidió el prior, después de un instante de incerteza.

En la proa, desde la boca del ancla, colgaba una escalera de cuerda. Dante se tapó la boca y la nariz con el velo de la birreta, luego se izó sobre los restos de las espuelas rotas y desde allí subió con dificultad por la pared. A media altura se dio la vuelta, solicitando al capitán, que seguía mirando la nave con una expresión atontada. Espe-

ró a que el otro comenzara a subir y con un último esfuerzo alcanzó la torre.

También el jefe de los guardias había llegado al puente, resoplando. Se acercó, para ver también él. Luego se llevó la mano a la boca, con un sobresalto.

—Pero están...

—Están muertos. Como habían dicho tus hombres.

Decenas de remeros, alineados en sus bancos, parecían ocupados en una parodia macabra, agachados sobre su remos como en el esfuerzo convulso de remar. Otras sombras yacían mirando hacia la popa, alrededor del timón. Los cadáveres se encontraban hinchados y cubiertos con un líquido aceitoso, como si llevaran muchos días expuestos al sol abrasador.

Miró a su alrededor desorientado. Una oleada de viento caliente barrió el puente, levantando de los bancos un hedor a putrefacción.

—¡La peste está a bordo! —susurró el capitán, intentando protegerse con la mano del hedor que venía de abajo.

Dante movió la cabeza. Aquella nave tenía que haber maniobrado con una habilidad extrema para subir el curso del río hasta allí. ¿Cómo habría podido hacerlo con la tripulación infectada? No, era seguramente otra la causa de aquella hecatombe. La muerte tenía que haberse movido a bordo como un invitado silencioso, rozando durante mucho tiempo con sus garras, antes de atacar. Levantó la mirada, atraído por el ondear de la tela sobre el mástil. Antes de que la bandera volviera a aflojarse tuvo el tiempo de ver la imagen de una calavera, con dos huesos formando una cruz.

A mitad del puente había una escotilla, que se clavaba en la estiba. Quizás el cargamento de la nave podría desvelar su misterio. Recogida una madera, envolvió rápidamente un trozo de tela con brea que yacía en el suelo. Tras breves intentos con un encendedor prendió aquella antorcha repentina, y se adentró por el hueco, iluminándolo.

No vio aparejos, ni velas de recambio, ni algún tipo de reservas alimentarias, ni reservas de agua o de vino. Ningún tipo de alojamiento para el equipaje, ni cocina, ni armas. También las piedras de lastre habían sido removidas, transformando la galera en una enorme cáscara vacía.

Parecía que la única preocupación de su comandante había sido reducir al máximo el calado, para poder subir por el río. Giró la mirada hacia el cuadrado de la popa, bajo el castillo. La puerta del alojamiento del comandante oscilaba ligeramente, como si alguien, ahí dentro, lo invitara a entrar.

La cabina se encontraba inmersa en la sombra. En medio del cuadrado, bajo unas antorchas de hierro que colgaban bajo sus cabezas, había tres hombres inmóviles alrededor de una pequeña mesa, abandonados sobre sus sillones decorados, como si acabaran de interrumpir una conversación delante de sus copas de vino, sobrecogidos por un sueño imprevisto. Había una montaña pequeña de restos metálicos a sus pies, en el centro de un brasero.

Dante se agachó lleno de curiosidad, acercando la antorcha. Era una especie de invento con pestañas y ruedas dentadas, sobre cuya superficie de madera abrillantada y cubierta de cobre la llama encendía mil reflejos. Era

dos pies de alta y quizás lo mismo de ancha, pero no era fácil hacerse una idea exacta de su forma originaria, porque alguien tenía que haber dado golpes con fuerza, rompiéndola en trozos. En el suelo quedaba todavía el hacha que había servido para llevar a cabo tal acción.

Recogió uno de los engranajes, probando en sus propios dedos el mordisco de los dientes tan finos. Había unos caracteres diminutos sobre el borde, que no logró descifrar.

En aquel momento la galera se tambaleó con un gemido, como si en el río se hubiera creado un remolino repentino.

El capitán se había acercado y miraba a su alrededor asombrado.

—Pero... ¡son sarracenos! ¡Y están muertos! —exclamó, ignorando la máquina destrozada.

Dante levantó la mirada sobre los cadáveres. Dos de ellos llevaban puestas las enseñas de los oficiales de la marina: tenían que ser el comandante y el *comito*, su segundo. El tercero estaba cubierto con paños suntuosos, que parecían fluctuar a su alrededor cosas parecidas a las alas abiertas. Eran paños de un tejido poco común, como el gran turbante que envolvía su cabeza. También la barba era abundante, según las costumbres orientales. Sobre sus rostros se podía apreciar una vejez ya avanzada.

—Todos... todos están muertos —seguía diciendo el capitán, como atontado.

—Callad —susurró Dante molesto—. Dejadme que escuche.

—¿El qué?

—Lo que dicen los muertos. Este hombre no formaba parte del equipaje. No era seguramente marinero. ¿Habéis observado sus manos? ¿Y sus ropas? Era un pasajero. Y todos estaban ya muertos cuando la nave encalló. Todos menos uno. —Señaló un asiento vacío y una de las copas, todavía llena—. Eran cuatro. Pero uno de ellos no bebió. Y mirad por allí —añadió indicando el lado opuesto de la cabina—. Hay cuatro camas de tela, y todas utilizadas. El hombre que no bebió está todavía vivo.

Venciendo el escalofrío, Dante dirigió hacia la luz de la ventana la cabeza del viejo, abriendo su mandíbula contraída. A través de la boca medio abierta vio una línea de dientes irregulares, sucios, con una espuma rojiza. Sobre los labios violetas había cortes profundos, como si el desafortunado las hubiera mordido hasta sangrar en los últimos instantes de su vida. Luego olió los restos del líquido de la copa.

—¿Pero cómo han muerto?

El poeta indicó al capitán el cadáver, acercando su rostro a la antorcha.

—¿Veis los labios y la lengua hinchada? Como si se hubiera ahogado en un ambiente muy denso —explicó alejando la llama del rostro del muerto, cuya barba había comenzado a rizarse por el calor de la misma—. Veneno. No un insulto a las vísceras, más bien una sustancia que ha finalizado la fuerza de la respiración.

Mientras dejaba caer la cabeza del muerto, del cuello bajaba algo, desenrollándose como si fuera una serpiente. Parecía un medallón diminuto, cubierto con señales igualmente diminutas y caracteres árabes, sujeto con un lazo de cuero.

Constató que era un astrolabio, y de factura extremadamente refinada. La aliada, la lanza móvil, se había visto dañada por un golpe que había doblado una de las aletas. Pero la red, un fajo de nervios agujereados como una joya preciosa, se encontraba intacta, con un increíble triunfo de espinas y llamas para indicar las estrellas fijas.

Con un cálculo rápido, Dante estimó que había al menos un centenar. No había visto hasta ahora ninguno que llevara más de treinta. Si un ángel hubiera tenido la necesidad de determinar el camino de las estrellas, no habría podido encontrar nada mejor.

Un ángel... o un demonio.

Rápidamente examinó los otros dos cadáveres. También sobre aquellos la muerte había dejado la misma huella cruel.

—El cuarto hombre ha matado a sus compañeros, envenenando la reserva de vino. Es costumbre que se distribuya bebida a los hombres, cuando se alcanza la meta. De esta forma la tripulación les ha seguido en el mismo abismo —murmuró Dante—. Intentemos más bien saber algo más sobre la nave.

Miró a su alrededor. Sobre el fondo de la cabina, clavado a la pared, había una esquina reforzada con placas de hierro. Haciendo palanca con la punta de la daga separó las bisagras de la puerta. Dentro había un cuaderno forrado de cuero. Tenía que tratarse del diario de a bordo. Después de echar un vistazo, lo colocó también en la bolsa.

El hedor de la descomposición era insoportable. Tuvo un ataque de tos violenta, mientras las náuseas se

acentuaban. Logró únicamente comprobar que en sus trajes no hubiera otros objetos dignos de interés, antes de abandonar la cabina.

En cuanto estuvo fuera se detuvo un momento, para retomar el aliento. Su mente corrió a la muerte atroz de los remadores. Ahora entendía la contractura tan horrible de los miembros. Quien había logrado escapar del veneno había quedado encadenado, muriendo de sed bajo el sol ardiente sin que el asesino se hubiera preocupado por abrir los cepos. Habían intentado hasta el último momento liberarse, y sus gritos desesperados tenían que haber llenado durante días las marismas. Pero su lenguaje incomprensible, en vez de que alguien llegara corriendo, habría asustado a los pocos habitantes, aterrorizados por el miedo de los espectros.

A Dante le parecía escuchar todavía los gritos desde los bancos. Se dirigió al capitán:

—Ordene a sus hombres que recojan con mucho cuidado cualquier fragmento de la máquina que se encuentra en el cuadrado, y la trasladen a Florencia con el máximo cuidado. Arrancad una vela y formar un saco.

—¿Y... estos?

El poeta miró a su alrededor indeciso. No podía hacer nada por aquellos desgraciados. Pero no los podía dejar allí pudriéndose entre las cadenas.

—Dad fuego a la nave. Que se transforme en una hoguera funeraria, y que su Dios y el nuestro acojan juntos sus almas —ordenó—. Y que se sepa lo menos posible sobre esta historia, por ahora.

—Pero la galera estaba vacía. Ningún cargamento precioso, solo restos. ¿Por qué tanto misterio? —objetó el jefe de los guardias con un tono sospechoso—. Salvo esos muertos...

—Sí, salvo esos muertos —cortó el prior, comenzando a bajar.

Los hombres se apresuraron a ejecutar sus órdenes, impacientes por alejarse de aquel lugar maldito.

—Volvamos a nuestros caballos —ordenó Dante cuando vio que las llamas comenzaban a llenar la nave.

Mientras se alejaban dio una última mirada. Lenguas rojizas se elevaban cada vez más altas, conforme el fuego se adueñaba del caparazón. Parecían dedos que desde la hoguera funeraria se alzaban hacia el cielo pidiendo justicia. O venganza.

Alba del 6 de agosto

ALCANZARON FLORENCIA EN LAS PRIMERAS HORAS DEL DÍA siguiente, después de una marcha forzada nocturna que había reventado a hombres y caballos, mientras sobre sus cabezas declinaban las constelaciones del zodiaco. La superficie de la muralla brillaba con los primeros rayos de sol, como si fueran de cobre en vez de piedra y ladrillo.

Durante la noche habían caído chaparrones con arena, tras intervalos de cielo sereno. En una hora, cuando la cúpula celeste fue visible, Dante levantó los ojos para estimar el tiempo transcurrido. En aquel momento brillaba en el cielo Géminis, su signo del zodiaco. El doble esplen-

dor de Cástor y Pólux parecía guiarlo, infundiéndole la fuerza para vencer el malestar que se había adueñado de él. Varias veces el capitán había propuesto una parada, animado por los gruñidos de sus hombres. Pero Dante siempre había rechazado la idea, agobiado como estaba por llegar lo antes posible.

La hoguera de la nave había borrado los restos visibles de la matanza, pero no el derecho de aquellas almas a ser vengadas. Tenía que encontrar al responsable, al hombre que había escapado después de haber realizado aquel crimen horrible.

Delante de él ondeaba el saco con fragmentos del mecanismo. El caballo pataleaba nervioso cuando el cargamento gemía con su voz metálica, como si fuera consciente de que transportaba los restos del infierno.

—¡Abrid la puerta a la autoridad de Florencia! —gritó con las últimas fuerzas al centinela que estaba en la torre, que intentaba mirar hacia abajo acercando la antorcha a través de un espacio entre las almenas. En la luz crepuscular las filas de los caballos y de hombres exhaustos parecía una masa confusa de sombras oscuras.

—¡Y no os retraséis ante mis órdenes! —gritó de nuevo el poeta.

—¡Fastídate! —gritó el otro como respuesta desde lo alto, con las manos hacia la boca para que le escucharan mejor—. Hoy no es día de mercado y no se entra antes de la hora tercera. Acampa con tus trabajadores bien lejos de esta muralla o saldré con la guardia para acariciar tus huesos.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Dante saltando al suelo rabioso.

El movimiento imprevisto y el grito aterrorizaron a su caballo, que saltó de lado haciéndole perder el equilibrio. Cayó pesadamente en el suelo, levantando salpicaduras de fango y logrando con dificultad mantenerse de pie. Detrás de él se escucharon las risas de los guardias. Tampoco el capitán había podido aguantar su risa, apenas cubierta.

Mientras tanto, llamados por el estrépito, sobre las murallas se estaban amontonando los otros soldados del cuerpo de guardia, entre sonoros bostezos y el rumor de armas. Rostros adormilados y todavía atontados se asomaban entre las almenas, lanzando insultos y haciendo gestos obscenos hacia abajo.

—¡Abre esta puerta, canalla! —se decidió finalmente a gritar el capitán, dejándose reconocer. Desde arriba el vocerío cesó de golpe, sustituido después de pocos instantes por el rumor de la cadena que se retiraba. Dante, arrastrando su caballo por las riendas, pasó lentamente bajo la arcada baja. Intentaba ver la cara de los guardias para acordarse más tarde, maldiciéndolos en voz baja.

Precisamente en ese momento, detrás de él, se escuchó un canto lejano, una especie de palabreo indistinguible. Por un momento creyó en una alucinación y se dio la vuelta. Vio más allá de la curva del camino una curiosa hilera de personas que se acercaban lentamente. Eran ellos quienes iban cantando.

El grupo parecía compuesto por supervivientes de un naufragio. A la cabeza de todos procedía un hombre alto, vestido con un basto sayo oscuro, con la cabeza barbuda cubierta por la capucha. Avanzaba apoyándose so-

bre un largo bastón que terminaba en alto con una cruz inscrita en un círculo. Detrás de él iba una fila de hombres y mujeres deslumbrados, como si su guía los hubiera recogido todavía ocupados en sus actividades cotidianas. Campesinos y mercaderes, nobles y pescadores, guerreros y rameras, médicos y usureros, una especie de representación confundida y dolorida de la humanidad.

En medio de la multitud de los viandantes cubiertos de polvo se veían algunos mulos, cargados con numerosos equipajes y hatillos. Uno en particular saltaba continuamente bajo el peso de una enorme caja, a pesar de la mano firme del hombre con un aspecto militar que lo guiaba por la cabeza. El cargamento se encontraba cubierto con un paño de lana blanca sobre el que se podía apreciar una cruz roja.

Después de una breve interrupción la cantinela se volvía a escuchar, guiada por el monje situado a la cabeza. El cortejo pasó lentamente por la puerta sin que ningún guardia les dificultara el cruce.

—¿Quiénes son? —preguntó el poeta.

—Peregrinos que se dirigen hacia Roma, imagino —contestó el capitán.

—¿Todos en busca de la salvación de Bonifacio?

—Se reúnen en grupos, esperando cruzar los puestos de control sin ser robados —respondió el jefe de los guardias, lanzando una mirada de desprecio a la multitud que había cruzado la puerta—. Y si se libran de los saqueadores, ¡luego nuestros taberneros se ocupan de concluir la obra! —añadió entre carcajadas.

Dante siguió todavía al grupo con la mirada, luego montó de nuevo a caballo.

—¿Dónde tenemos que descargar todo esto? —preguntó el capitán después de que hubieron recorrido un centenar de pasos dentro de la ciudad, como si no viera la hora de liberarse de aquel cargamento.

—Escoltadme hasta el Palacio de los Priors, en San Piero. El saco entregadlo al maestro Alberto, el lombardo que tiene un taller en Santa María, y que lo custodie con el máximo cuidado. Yo pasaré mañana por su casa.

El claustro de San Piero estaba iluminado por un lado por el sol que ya asomaba sobre el techo del edificio. El poeta entró en la zona todavía en sombra, donde se encontraba la escalera que llevaba al piso de las celdas. Estaba subiendo cuando se cruzó con alguien que bajaba corriendo. Era una joven, cubierta con poca ropa. El prior abrió los ojos ante la sorpresa, reconociendo los rasgos marcados de su rostro y sus ojos verdes encendidos por la lujuria.

—Pietra... —logró apenas murmurar, con la voz rota. La joven soltó una carcajada con una expresión estúpida, antes de seguir corriendo hacia la salida. Una ráfaga de aliento a vino le llegó hasta su nariz. Durante un momento tuvo la tentación de seguirla, pero lo retuvo un rumor de pasos. En lo alto de la escalera había aparecido un hombre jadeando, también él medio desnudo, que viéndolo se detuvo de golpe. Dirigió a Dante una sonrisita de complicidad, cuando el poeta pasó más allá de donde estaba aquel sin ni siquiera mirarle, dirigiéndose a su propia celda.

—Oh, señor Alighieri, no hay que ser tan altivos, visto que durante dos meses tendremos que estar encerrados, ¡ni que estuviéramos en la cárcel! —le gritó el otro

por detrás—. Parece ser que vos encontraréis la forma de salir durante la noche...

Dante se giró de golpe y se movió algunos pasos hacia el hombre. La sangre había comenzado a golpearle la sien como el rumor de una catarata. También su vida se había visto ensombrecida por el cansancio y el malestar. Sus virtudes se estaban torciendo, se daba cuenta desde la distancia de un observador extraño, mientras alargaba las manos hacia su interlocutor, que siguió rápidamente bajando hacia el cuerpo de guardia.

—¿No seréis celoso de vuestra puta, no? ¡Podéis encontrar muchas más en el Paraíso! —gritó el hombre, manteniéndose siempre a una distancia prudencial—. ¡Donde yo la he encontrado!

Dante cerró los puños y siguió caminando hacia su meta.

—Lapo, solo la ironía del destino ha querido que nos encontrásemos para compartir la misma autoridad, que yo intento honrar con mérito e ingenio mientras vos la ofendéis con escasez y vicio, en la iglesia con los santos y en la taberna con los borrachos.

Había disparado las palabras fríamente, en voz alta. Ninguna puerta se abrió tras su paso, pero esperaba que también los demás estuvieran ya despiertos y lo hubiesen escuchado. Abrió las puertas de su habitación, abrazando con una mirada ansiosa el interior de la pequeña celda. Parecía que allí estaba todo. Controló sus documentos, apilados sobre el escritorio delante del tragaluz, y el precioso manuscrito de la *Eneida*. Rozó con la mano el pergamino consumido por las numerosas consultas. Estaban to-

dos, sí, pero no el orden en el que recordaba haberlos dejado. Alguien durante su ausencia tenía que haber rebuscado, en busca de sus secretos, para luego usarlos en su contra.

Una risa burlona se dibujó en sus finos labios. Ciegos e ignorantes. Sus secretos estaban escritos en el libro de la memoria, al reparo de todos.

También el mensaje se encontraba todavía en su sitio, escondido entre los versos del sexto canto. El malestar aumentaba, mientras sentía que sus fuerzas le abandonaban. Enterró el escrito en su pupitre y se dejó caer exhausto sobre la cama, desplomándose finalmente en un sueño.